

U.S.A. 1951-1976 (1)

ROCINANTE VUELVE AL CAMINO

LOS Estados Unidos cumplen dos siglos, «mis» Estados Unidos, sólo un cuarto. Llegué por primera vez a este país en el otoño de 1951, lo he observado, he escrito sobre él, con intervalos, con idas y venidas, con nuevos enfoques, durante veinticinco años. Durante muchos años, sus movimientos internos, sus cambios de estructura y contenido, aún siendo rápidos, tenían una singular continuidad. Es lo que refleja mi primer libro, «Los Estados Unidos en escorzo», escrito entre 1951 y 1956. Cuando, en 1967, empecé a escribir el segundo, «Análisis de los Estados Unidos», percibí por vez primera un cambio de actitud que envolvía un elemento de discontinuidad o ruptura. No en los estratos más profundos, ciertamente. Me esforcé en mostrar que se trataba de los «mismos» Estados Unidos, aunque pocos lo creyeran.

Cada vez se fue acentuando más diferencia. Los jóvenes americanos creían, porque así lo decían algunos mayores, que todo era nuevo, y que el país apenas tenía que ver con el pasado. Cuando en 1970 se publicaron mis dos libros juntos en inglés, con un epílogo escrito en aquel momento, insistí en que, por debajo de la variación, latía la continuidad, en un sentido muy preciso: casi todo lo que yo había visto en los primeros años del decenio de los 50 seguía siendo verdad, aunque, ciertamente, habían aparecido muchas novedades.

¿Y ahora? No olvidemos que nace dos años, en 1974, había anunciado para este año un cambio considerable. «Anoté el lector —escribía en «Literatura y generaciones», página 178— la modestísima y cercana profecía: en 1976, 1974 parecerá extrañamente lejano. Y en «La España real» anunciaba que este año, al levantarse el telón para el próximo acto, el poder iba a estar compartido por dos generaciones: la «augusta» (los nacidos en torno a 1916, es decir, en período 1909-23) y la «cesárea» (los nacidos en torno a 1931, esto es, en 1924-38). No esperaba una confirmación tan literal como la que se ha producido a mediados del año en que vivimos.

Los Estados Unidos, si me fío de lo que veo, un poco menos de lo que oigo, se parecen más a los que viví entre 1951 y 1966 que a los que vi iniciarse en 1967, intensificarse hasta 1971 o quizá 72, empezar a vacilar en 1973, agitarse en una confusión no muy clara en los últimos tiempos. ¿Cómo es esto posible? ¿Es que se ha vuelto atrás? ¿Es que se puede volver atrás? Este es el problema.

Convidaría precisar «en qué» se parece este país al primero que conocí, en qué difiere del de los últimos años, algo

menos de un decenio. Yo diría que, ante todo, en el clima de concordia. No es que la concordia se haya interrumpido, pero antes se la respiraba, y después estaba amenazada, sobre todo «negada» por muchos, quizá sin creerlo demasiado. La «apacibilidad de la vivienda», que Cervantes gustó en Salamanca y yo recordé en New England hace un cuarto de siglo, vuelve a sentirse. Ciertamente que sigue habiendo muchos delitos, incluso de violencia, y que se dejan menos puertas abiertas, y que se registra a los viajeros que van a tomar un avión —pero esta medida no tiene en cuenta principalmente a los americanos, sino a posibles terroristas de otras partes—. El que en un país se cometa cierto número de actos de violencia no quiere decir que «el país» sea violento: son «excepciones» (y pueden ser muchas). España es un país divertido, aunque haya no pocos españoles plúmbeos, y acaso aumenten. En los hoteles de Nueva York ya no se advierte que se cierre bien la puerta y se tenga cuidado con las propiedades, como amonestaba un cartelito hasta el año pasado.

Pero no es esto sólo. No se nota enemistad, animosidad política, la temperatura electoral es más tibia. Son muy pocos los que aborrecen a Gerald Ford o a Jimmy Carter. Es probable que no sean muchos los que se entusiasman con ellos. Hay más respeto que hostilidad. Apenas se pone en duda la honestidad, la buena fe de los dos candidatos presidenciales. Nadie ve el posible triunfo del «otro» como una desgracia, más bien como un contratiempo.

Las universidades están pacíficas —la verdad es que la mayoría de ellas lo estuvieron la mayor parte del tiempo, pero las perturbaciones introdujeron una profunda alteración en la convivencia y en la vida académica—. Los profesores enseñan e investigan, los estudiantes siguen los cursos, llenan las bibliotecas, hacen sus exámenes, ven cine, hacen deporte. El carnaval va desapareciendo: ya se ven muy pocos pies descalzos, contados peinados «afro», ni siquiera en los negros, no digamos entre rubios, los peluqueros han vuelto a tener clientela, y las melenas y barbas se han hecho frecuentes, aunque todavía se puede ver una ocasional trenza rubia que hace pensar en Gretchen, violentamente desmentida por una barba inesperada. En el campus se viste con cierto desaliño, «sweaters» y camisas y pantalones vaqueros, pero en la ciudad se ven bastantes más faldas que pantalones femeninos; no son raras las muchachas esmeradamente vestidas y peinadas, y hasta se vuelven a ver huellas de rojo en algunos cigarrillos.

Yo diría, para resumir estas impresiones en pocas palabras, que la «vida privada» ha vuelto a predominar en este país, después de una fase de politización en que los temas «públicos» (en general abstractos, incluso utópicos) habían ocupado el primer plano.

En esto se parecen los de ahora, a mis primeros Estados Unidos. En esto se diferencian de los más recientes. Pero vuelvo a preguntarme si puede ser eso que veo. ¿Han retrocedido? Nunca he creído que en la historia haya «marcha atrás» (es el error de todos los asustadizos: cuando las cosas van mal, hay que seguir en otra dirección, pero adelante).

¿Y si fuera al revés? Quiero decir, ¿y si el retroceso hubiera sido precisamente el de los años que acaban de pasar? Llevo varios debatiéndome con un tema que me parece gravísimo: el del «arcaísmo». Mi impresión es que Europa y América han pasado un decenio sumergidas en él, recayendo en el pasado lejano, con olvido del inmediato. El arcaísmo no es la presencia de lo antiguo —esto es esencial, pero «como antiguo»—, sino el olvido de lo reciente para tomar lo anterior «como presente». En otros términos, la discontinuidad histórica.

El arcaísmo es lo contrario de aquello en que consiste la vida humana, y por tanto la historia: innovación. Dedicué un libro entero a ese tema: «Innovación y arcaísmo». El mundo occidental lleva un decenio aproximadamente jugando a vivir en el siglo pasado: en sus modas, en sus estilos ornamentales, en sus ideas políticas, en su filosofía (o su falta de filosofía). Por eso parece un gigantesco carnaval que no termina el miércoles de ceniza, sino que se arrastra el año entero, y varios años.

Si no me engaño, los Estados Unidos «están saliendo ya del arcaísmo». Por eso se parecen a los de «antes» (antes del arcaísmo). Pero —se dirá— si ahora no es posible el retroceso, ¿cómo fue posible entonces? Tampoco fue posible. Hay momentos en la historia en que pasan cosas imposibles (es decir, no pasan de verdad, son falsas). Nunca creí que los Estados Unidos fueran «de verdad» lo que parecían, lo que se decía —lo escribí entonces, no atestigué con muertos—. Ahora empieza a verse que no estaba enteramente equivocado.

Recuerdo aquel título de John Dos Passos: «Rocinante to the road again, Rocinante, vuelve al camino». No podría decir con menos palabras mi primera impresión de estos Estados, un cuarto de siglo después.

Julían MARIAS

TORRES DE MARFIL LECTURAS DE HISTORIA

BERTRAND Russell se quejaba de ello, hace bastantes años: ya no se escribe historia para no historiadores. Ciertamente, el tipo de libros que Russell echaba de menos —Plutarco o Tácito, Voltaire, Macaulay, Mommsen...— dista mucho de ser un «modelo» atractivo, a los ojos de los profesionales de hoy. Quizás, incluso, lo consideren incompatible con los métodos vigentes en el ramo y hasta con las posibilidades prácticas de trabajo. Pero esto no altera los términos del problema. El hecho evidente es que, en nuestros días, los historiadores sólo confeccionan papeles destinados a ser leídos por sus propios colegas. Por lo menos, así ocurre como regla general: las excepciones, escasas y no sé si eminentes, vienen a confirmarla. Las publicaciones habituales suelen ser «monográficas», en el sentido más académico de la palabra. Su temática se circunscribe a cuestiones muy específicas: la carga erudita desanima al cliente profano; la redacción, amanzacotada y torpe, resulta penosamente indigesta. Se da por descontado que el consumidor es uno del mismo oficio, capaz, por tanto, de arrostrar tanto tedio sumado. Este material, en efecto, circula en ediciones casi gremiales, de intercambio sigiloso, revistas, «mélanges» y separatas semiclandestinas, aún agravadas por la infinita especialización.

El mal no es exclusivo de los historiadores, desde luego. Russell se apresuraba a reconocerlo: tampoco los hombres de ciencia contemporáneos escriben libros comparables a los «Principia» de Newton o al «Origen de las especies» de Darwin. La fatalidad de la «monografía» es, tal vez, más agobiante en las disciplinas que podríamos llamar «no humanísticas». Sin embargo, yo no diría que esa referencia llegara a ser con-

soladora. Me temo que, al fin y al cabo, entre las «necesidades culturales» inmediatas de la gente, no se sitúan en un nivel idéntico la historia y la biología. O sí. No lo discutiré. Todavía continuamos muy condicionados por la tradición pre-científica, y la historia conserva prestigios seductores que las ciencias estrictas apenas consiguen. Probablemente, se trata de un error a enmendar. De momento, las cosas son como indico. Y además, todos, en un grado mayor o menor, tenemos la sensación de que la historia es, a escala colectiva, una especie de «autobiografía» ignorada o nunca bien explicada, y de ahí la curiosidad que despierta. Nuestra vida de ahora «depende» tanto del pasado —como el adulto que somos de la infancia que no recordamos—, que la curiosidad se justifica con sólo existir.

El asunto no quedaría honestamente planteado sin la correspondiente alusión a las supuestas ciencias «sociales»: la sociología, la economía, la antropología y todo eso. Y las ya no tan «sociales» como la psicología y sus derivados. Pero no me sería posible recogerla en la premiosidad y el corto espacio de la presente nota. En estos sectores, según se advierte en los catálogos bibliográficos, las obras dirigidas al público «medio» —lamento el adjetivo, no encuentro otro— son más abundantes, y, por lo que sé, no siempre emanadas de cualquier pluma subalterna o asalariada. ¿Será porque dichas «ciencias», todavía en mantillas, pueden permitirse el lujo de las divagaciones grandiosas? La historia es, sin duda, la «ciencia» —¿ciencia?— más antigua de todas las habidas y, naturalmente, por haber: tan antigua como el hombre. Cuando este distinguido mamífero empezó a hablar, que

era como conferir su memoria a unos signos transferibles —memoria y experiencia tuvieron que ser lo mismo—, inventó la historia. Del relato familiar o la leyenda comunal a la «monografía» universitaria no hubo «saltos». El proceso no tiene réplicas en las demás zonas del «saber humano». De ahí que...

La carencia de una historia para quienes no somos historiadores es algo que debería preocuparnos. No cabe alegar que la demanda es frágil o precaria. Russell lo creía. Se equivocaba. La gente pide historia. Los impresos de historia se venden, y pienso en los que se venden fuera de la clausura sectaria de los profesores —de los eruditos. Hay revistas «populares» dedicadas íntegramente a la anécdota y a la categoría del «pasado», próximo o remoto. Los libros se multiplican. En parte, lo de los libros es bastante engañoso: son tiradas cortas, proyectadas hacia unos parroquianos centrados en las aulas. Pero, cuando la maniobra tipográfica aspira a cubrir un mercado amplio, lo corriente es que el producto venal sea una mera tentativa de «divulgación», ejercida por Dios sabe quién y sin ninguna garantía. Los historiadores respetables se abstienen de intervenir. Ceden el sitio al cagatintas de jornal —también «respetable», en cuanto suda su labor y es víctima de la plusvalía correspondiente—: el saldo es una «historieta» tonta o aburrante, y no importa si suena a derechos o a izquierdas, o comulgue en éste o en aquel nacionalismo. La máquina de la «divulgación» trivializa la historia, y sospecho que la enturbia más aún de lo que, en sus reducidos pontificales, lo hacen los cátedros y los investigadores.

Por supuesto, no es fácil «escribir» historia para los no historiadores. Pongo unas comillas más al verbo escribir. Siempre me ha intrigado el hecho de que una serie de historiadores admirables no sepan escribir. Entre nosotros, sabía escribir Jaime Vicens Vives, sabe escribir el doctor Jordi Rubió. «Saber escribir» consiste en que, uno, lector, se apasiona con el texto, gracias a una determinada habilidad expositiva. La mayoría de los historiadores —eruditos— desprecian esta exigencia. ¿Por orgullo, por impotencia? Quizá, simplemente, porque nadie les ha enseñado a «escribir» y a ser conscientes de la eficacia de su «oficio».

Entre los muchos parnasianismos posibles —el arte por el arte—, el peor sería el de una «historia por la historia». Las ciencias «verdaderas» no corren ese riesgo: siempre hallan, a la corta o a la larga, una «aplicación» técnica, o sea, pragmática. La historia de los historiadores, y para historiadores, tiende a ser una endogamia crapulosa, puro incesto intelectual. ¿No habría manera de romper el círculo vicioso, y nunca más bien dicho lo de «vicioso»? Comprendo que no es sencillo. Pero los historiadores han de comprender, igualmente, que valdría la pena intentarlo. Digo: los historiadores. Porque, en la medida en que ellos se encastillen en su torre de marfil, la guerra o la guerrilla agresiva seguirá en manos de la purria mimética y capciosa, los profesionales de la «vulgarización» improvisada, servil, torva.

Es una modesta opinión...

Joan FUSTER

allen Ultra
Mucho más que una caja registradora convencional.



Billetera Automática, S.A.
Cromo. 56 - Tel. 335 44 97 - 335 56 67
HOSPITALLET DE LLOBREGAT - Barcelona

Accesorios y tubería de cobre desde 6 a 100 mm. Ø. Para agua, gas, calefacción e industria.



Manufacturas Metálicas
AVINO SIA
Espronceda, 105
Tel. 308 52 44
308 87 04 - Barcelona 5



ESTE EDIFICIO ES UN BUEN NEGOCIO PARA SU NEGOCIO

Su negocio, precisa estar en pleno centro comercial. Este edificio está en: **ARIBAU-DIAGONAL.** Su negocio precisa de un edificio de singular sobriedad y elegancia. Convéngase; por fuera y por dentro, este edificio es impresionante. Comprar una oficina en este edificio y en este momento, es una inversión de presente y futuro, rentable, muy rentable. Automáticamente, la imagen de su negocio sube muchos enteros. Cuando le entreguemos su despacho, dispondrá de:

Pavimento de terrazo pulido y abrigillado. Toma de alumbrado. Fuerza. T.V. F.M. Interfono. Hilo Musical. Aparato autónomo de aire acondicionado, con la temperatura apropiada, según la época del año. Cortinas. Y además, teléfono (incluido aparato) en funcionamiento. ¿Qué responde? ¿Es o no es éste, un buen negocio?.



UN COMPROMISO ENTRE FORMA, INTERIORISMO Y PAISAJE.

Paseo de Gracia, nº 66, 1º 2º Barcelona-7 Telf. 216.06.75/83